

# Notas para precisar el análisis sociológico de las generaciones: el problema de su extensión temporal y espacial

Guido Montali<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Universidad Nacional de Córdoba/CONICET, Argentina. Correo electrónico: [guido.montali@unc.edu.ar](mailto:guido.montali@unc.edu.ar)  
<https://orcid.org/0000-0002-4538-711X>

Recibido: 03/12/2024. Aceptado: 17/01/2025.



<https://doi.org/10.18800/debatesensociologia.202501.008>

## Notas para precisar el análisis sociológico de las generaciones: el problema de su extensión temporal y espacial

### RESUMEN

Este artículo tiene el objetivo de realizar una revisión crítica del concepto de generaciones en clave sociológica con el fin de dilucidar su potencial analítico. Para ese propósito, en primer lugar, se presenta el tema y se detectan ambigüedades que acarrea el concepto, especialmente en torno a su extensión temporal y espacial. Con ello, segundo, se propone un recorrido por las formas en que se ha interpretado su uso, con la referencia inicial en los estudios de Karl Mannheim y, luego, con sus recepciones contemporáneas a partir de herramientas teóricas tomadas de Pierre Bourdieu. De ese recorrido se deriva la utilidad de comprender a las generaciones en espacios sociales concretos. De allí que, en tercer lugar, se aborda su intersección con las nociones de campo (del propio Bourdieu) y de tradiciones (de Raymond Williams), calibrando su aplicación en las particularidades del campo político y de las narrativas en las tradiciones. Se concluye, finalmente, con una revisión sintética de los puntos problemáticos consignados en la introducción y con los principales aportes de la propuesta.

**Palabras clave:** Generaciones, Temporalidad, Campos, Tradiciones, Narrativas

## Notes to Specify the Sociological Analysis of Generations: the Problem of their Temporal and Spatial Extension

### ABSTRACT

This article aims to conduct a critical review of the concept of generations from a sociological perspective to elucidate its analytical potential. To this end, firstly, the subject is introduced, and the ambiguities inherent in the concept, particularly regarding its temporal and spatial extension, are identified. Secondly, an exploration is proposed into the various interpretations of its use, starting with the studies of Karl Mannheim and subsequently delving into contemporary receptions utilizing theoretical tools derived from Pierre Bourdieu. From this exploration, the utility of understanding generations within specific social spaces is derived. Hence, thirdly, its intersection with notions of field (from Bourdieu himself) and traditions (from Raymond Williams) is addressed, gauging its application in the peculiarities of the political field and narratives within traditions. Finally, the article concludes with a synthetic review of the problematic points highlighted in the introduction and with the main contributions of the proposal.

**Keywords:** Generations, Temporality, Fields, Traditions, Narratives

## INTRODUCCIÓN: PROBLEMA Y OBJETIVOS

El supuesto de partida de cualquier perspectiva sociológica es que hay algo que los actores sociales compartimos y que ese «algo» es lo suficientemente relevante como para dar cuenta de que no todo lo que hacemos es singular o, de otro modo, que una nada despreciable explicación de nuestras acciones se enmarca en un conjunto de experiencias compartidas que las hacen inteligibles. Las formas en que nos referimos a esos agrupamientos de actores con disposiciones a la acción tendencialmente compartidas han sido estructurantes de la historia conceptual de la disciplina: clases, fracciones de clases, campos, esferas, y la larga lista que el/la lector/a podrá completar desde su imaginación sociológica. Uno de esos conceptos es el de «generaciones», que, en términos amplios, pretende enfatizar la relevancia del periodo histórico en el que los actores se socializan como condicionante, pero también habilitante, de concretas formas de interpretar el mundo y proyectar en él las acciones.

Sin embargo, el concepto ha sido discutido en su capacidad explicativa y algunos nombres de peso en el pensamiento sociológico lo demuestran. Antonio Gramsci (2004, p. 274) pensaba que las discrepancias generacionales eran «superficiales» si no se abordaban en articulación a las clases sociales y las relaciones de dominación. Pierre Bourdieu (2007) también consideraba que los conflictos generacionales debían comprenderse en el marco de espacios de relaciones posicionales, donde los capitales en juego organizan las interacciones entre los agentes por la reproducción o la lucha de su lógica de funcionamiento. El concepto de generaciones en la sociología reviste entonces un carácter paradójico, puesto que si bien es utilizado con frecuencia también es cuestionado en su capacidad de contener criterios analíticos válidos. A diferencia de, por ejemplo, «clases» o «géneros» que, a pesar de sus distintos cuestionamientos, sí parecieran contar con más consensos como dimensiones estructurales que explican potencialmente las disposiciones de los actores, las generaciones no corren la misma suerte<sup>2</sup>.

Aquí partimos del reconocimiento de estas inquietudes y concordamos con Costa Delgado (2021) en que los problemas del concepto se deben a un uso poco crítico, que se apoya en la imprecisión de sus dimensiones. Primero, de su extensión social: no parece probable que, desde una perspectiva sociológica, el efecto generacional tenga potencialidad explicativa sobre el conjunto del espacio social. O, expresado de otro modo, que actores sociales pertenecientes a distintas posiciones y

---

<sup>2</sup> Esto se magnifica si se consideran aquellas perspectivas que ponen en primer plano la volatilidad de las identidades en la modernidad tardía, lo que afectaría especialmente a un criterio de agrupamiento como el de generaciones. Para un recorrido por estas críticas puede consultarse el artículo de Francisco Longa (2017).

con desiguales trayectorias sean considerados de una misma generación por el solo hecho de compartir sus fechas de nacimiento. Segundo, de su extensión temporal: es tan forzado delimitar periodos regulares de sucesión generacional, medidos cuantitativamente en cantidad de años, como atribuir características específicas a determinadas generaciones sin una perspectiva relacional. Es decir, sin considerar que las relaciones intergeneracionales también contribuyen a su caracterización. Tercero, de la «selección arbitraria de factores determinantes de la generación» (Costa Delgado, 2021, p. 138), esto es, de la elección de hechos o acontecimientos que proporcionan, a los/as analistas sociales, las bases empíricas para referirse a la configuración de una generación. A partir de estas dimensiones, creemos necesario precisar cinco puntos ambiguos del concepto, si se consigna que:

i) la coetaneidad (cohortes de nacimiento) como momento de socialización no puede asumirse acríticamente como formación de visiones del mundo de un agregado estadístico de actores. Si a la coetaneidad se suman factores de contemporaneidad, es decir, que los actores construyan lazos por experiencias que reconocen comunes, entonces se producen procesos de identificación que nos acercan de un modo más efectivo a la delimitación de las generaciones;

ii) aún considerando coetaneidad y contemporaneidad, los acontecimientos que sociohistóricamente «marcarían» a una generación también son experimentados desigualmente por distintos grupos, entonces otro problema de análisis radica en cómo asumir la mayor o menor relevancia de esos hechos para unos u otros colectivos;

iii) precisamente con los acontecimientos se agrega una dificultad adicional: quién los delimita, si es un asunto de reconocimiento colectivo, es decir, que lo hacen los propios grupos en sus luchas, o si son elegidos por el/la analista, lo que conlleva la necesidad de reducir la arbitrariedad de la selección;

iv) la escala en que es admisible la aplicación del concepto trae otra dificultad: para explicaciones del espacio social en conjunto (de orden nacional, regional o global) puede ser de compleja utilidad, pero su uso ganaría en riqueza en espacios concretos que permitan explicar reproducciones o transformaciones en las disposiciones de los actores involucrados en ellos;

v) finalmente, como concepto que pretende tener validez para explicar conjuntos sociales, está atravesado por otras dimensiones, algunas de mayor consenso en el campo académico, que lo intersectan y podrían tener preponderancia sobre él: las clases, los géneros, las etnias.

Entonces, ¿tiene sentido aún su utilización como clave de análisis sociológico? Este artículo tiene, a partir de esta pregunta, dos objetivos. El primero es reconstruir el modo en que el concepto fue trabajado por la teoría sociológica, cuya primera formulación disciplinar formal fue la de Karl Mannheim en 1928, en su ensayo

«El problema de las generaciones sociales»<sup>3</sup> (1993). Esa reconstrucción nos permitirá luego inspeccionar recepciones contemporáneas que muestran de qué forma sería posible sostener la viabilidad de su uso. Con este recorrido, apostamos a mostrar qué dimensiones constituyen al concepto y, así, avanzar en el intento de responder a las ambigüedades que hemos consignado.

Entre esas dimensiones, identificamos que un factor clave, aunque no siempre explicitado al momento de definir a las generaciones, es el temporal. Lo enunciaremos aquí en pocas palabras: lo que definiría a una generación en clave sociológica es la «duración en común» (Leccardi & Feixa, 2011). Como uno de los puntos críticos del concepto radica en la inexactitud de esa extensión temporal, nos proponemos como segundo objetivo profundizar este aspecto, donde abordaremos cómo la «duración en común» puede ser entendida al interior de espacios sociales específicos, que organizan distintas grupalidades en torno a ejes concretos. Tomamos para ello, los ejemplos de los «campos» y las «tradiciones». Dado que es analítica y empíricamente complejo sostener que las generaciones pueden abordarse en el espacio social como un todo, nos proponemos escudriñar su uso en esos espacios puntuales del mundo social.

Para finalizar esta introducción, una aclaración amerita el carácter de «notas» que rotula al artículo: lejos de pretenderse un texto acabado en conclusiones, en el marco de una discusión que es amplia y sujeta a controversias en la sociología, su espíritu es más bien el de contribuir a un uso crítico y «controlado» del concepto y, por lo tanto, abierto al diálogo con otros aportes.

## **1. SOBRE LAS GENERACIONES SOCIALES EN LA TEORÍA SOCIOLÓGICA: DE MANNHEIM A BOURDIEU**

Ania Tizziani (2008) sugiere que las reflexiones sobre las generaciones en Ciencias Sociales han remitido a la voluntad de comprender los cambios y las permanencias sociales en el tiempo. Es decir, indagar el ritmo del desarrollo histórico de acuerdo al criterio de conjuntos de actores que comparten características sociohistóricas. Normalmente, el texto que se toma como referencia inicial para el análisis de las generaciones, en clave sociológica, suele ser «El problema de las generaciones sociales» de Karl Mannheim. En el marco de su teoría sobre la sociología del conocimiento, el autor húngaro desarrolló en este ensayo precisiones en torno a tres niveles de análisis, a los que llamó: la «posición generacional», la «conexión

---

<sup>3</sup> Para un repaso sobre la conceptualización de la idea de «generaciones» en las Ciencias Sociales y Humanas a lo largo del siglo XIX y la primera mitad del XX, puede consultarse el clásico estudio de Julian Marías (1949).

generacional» y la «unidad generacional». Si bien no lo mencionó de este modo, la formación de «grupos concretos» podría estimarse como un cuarto nivel.

Lo primero que identificó Mannheim fueron dos caminos en el abordaje del problema, que remitían a la intención de explicar distintas «experiencias de mundo». La primera era la positivista, cuya perspectiva de las generaciones era cuantitativa y con base en la idea de sucesión de generaciones. Predominante en Francia, con Augusto Comte como referente, la concepción lineal del tiempo se expresaba, además, en su carácter externalizado y mensurable. La otra tradición que reconstruye Mannheim es la histórico-romántica, con desarrollo principalmente en Alemania y cuyo nombre de referencia fue Wilhelm Dilthey. Las generaciones ya no se ponderaban solo según el orden lineal de la sucesión, sino también de la contemporaneidad, en tanto el tiempo a considerar era el vivenciado por los individuos, es decir, cualitativo, interiorizado, no mensurable. Sin asumirla por completo, Mannheim construyó su perspectiva desde una posición cercana a esta última tradición. Pero su aporte principal, como mencionamos, fue el de distinguir entre tres momentos para el análisis, que se articulan pero no se solapan y que contribuyen a evitar una «sociología de tablas cronológicas» (1993, p. 231): el de la posición, el de la conexión y el de la unidad generacional. Esto habilitó la construcción de una imagen flexible sobre la duración de las generaciones, que dependía de la estabilidad o aceleración de las dinámicas sociohistóricas.

La «posición generacional» tenía puntos de contacto con la «situación de clase», es decir, la posición que los individuos ocupan como explicativa de sus condiciones de vida. En el caso de la posición generacional, Mannheim remitió a las condiciones sociohistóricas en las que nacen y se socializan los actores y que, aquí radicaba el aspecto central, podrían potencialmente hacer inteligibles por qué se adquirirían determinadas creencias, principios normativos y sentidos para la acción. Si bien, lógicamente, las generaciones se apoyaban en el ritmo biológico de vida, no era ese su fundamento ni lo que les daba contenido.

La posición contenía posibilidades, tendencias, pero no debía solaparse con las «conexiones generacionales»: estas sí eran experimentadas subjetivamente por los individuos como algo compartido. Es a lo que el autor llamó la «participación en el destino común de esa unidad histórico-social» (1993, p. 221), es decir, la formación de vínculos entre individuos que ocupan similares posiciones generacionales. Estos se forman, afirmaba, solo a partir de la «conexión» cuando se experimenta, se vivencia como tal, cuando se ponen en acto algunas de las tendencias posibles que estaban inscriptas en las posiciones. En otras palabras, cuando la «conexión» habilitaba la formación de un lazo social de reconocimiento.

Para Mannheim, sin embargo, se podía ser parte de una «conexión generacional» y no compartir las mismas «unidades generacionales», con las que se refería

a adhesiones concretas a grupalidades o colectivos de pertenencia. El autor tenía un objetivo de trabajo más amplio: elaborar una sociología del conocimiento, algo que se evidenciaba cuando expresaba que en las unidades generacionales se daban similitudes en «los contenidos que ocupan la conciencia». Respecto a lo que nos interesa, nos quedamos con que las «unidades generacionales» vinculan a los individuos con grupos, que tienen «efectos socializadores», que son «fuerzas formativas» que orientan las acciones «con arreglo a configuraciones» (1993, p. 224). Estas formas específicas de experimentar la vivencia en una «comunidad de destino» pueden incluso ser opuestas si, dentro de una misma conexión generacional, se constituyen unidades generacionales que luchan entre sí: «están unidas, aunque se combatan» (1993, p. 225). Mannheim consideraba que las unidades generacionales surgían dentro de grupos que aportaban una «proximidad vital» que activaba las potencialidades de las posiciones y configuraba las vivencias de las conexiones, haciéndolas conscientes en la formación de la experiencia.

Respecto a cómo se forman las «unidades generacionales», el autor se refería a «sucesos colectivos decisivos». Más adelante retomaremos este tema, cuando mostremos cómo Gerard Mauger (2013) recuperó la idea de los «acontecimientos» para la formación de una generación, partiendo para ello del propio Mannheim. De modo que aquí nos limitamos a consignar que esos «sucesos colectivos decisivos» operaban como «centro de atracción», como punto gravitatorio para la formación de unidades generacionales. En otras palabras, permitiendo que ciertas potencialidades posicionales se activen y otras queden latentes. Mannheim puso a prueba esta distinción conceptual con ejemplos de lo que llamó el «ámbito de la historia de las ideas políticas», mostrando una «relación de tensión dinámica» entre unidades generacionales que, siendo parte de una misma conexión, estaban sin embargo en lucha: las tradiciones romántico-conservadora, liberal-racionalista y socialista-proletaria en el siglo XIX. Su ejemplo remitía a jóvenes que «consiguen reformar con arreglo a su propia generación la tradición de la que precedían» (1993, p. 235). Ya desde aquí vemos que la transformación generacional se acopló a la idea de las tradiciones, volveremos sobre esto.

Queremos ahora continuar el recorrido con recepciones contemporáneas que articulan la teoría de las generaciones de Mannheim con aportes de Pierre Bourdieu, algo que, a nuestro juicio, resulta relevante en la tentativa de calibrar mejor el concepto. Enrique Martín Criado (1998, 2009), que se ha abocado a esa tarea, establece una primera distinción entre «cohorte» (que remite a la mera coetaneidad biológica), «generaciones» y «clases de edad». Respecto a las generaciones, una relectura de Mannheim desde Bourdieu es posible por dos motivos. Primero, porque las experiencias que crean lazos o «conexiones generacionales» van a ser distintas según la posición que los actores ocupen en el espacio social. Segundo, en consecuencia,

porque esas experiencias van a tener efectos disímiles de acuerdo a los «*habitus*» (o lo que Mannheim llamó la «estratificación de las conciencias»), que se moldean en función del origen social y de las trayectorias de los actores. En conjunto, el análisis de las generaciones no puede remitirse al espacio social como un todo, sino que debe circunscribirse a campos y grupos concretos. Por ello, los «modos de generación» de las generaciones se vinculan con las variaciones en el tiempo de las formas de producción de los individuos en esos espacios: «El tiempo, por lo tanto, no es una variable independiente, sino que su eficacia no es otra que la de las variaciones estructurales del campo de producción de los agentes» (Martín Criado, 2009, p. 347).

Así como las generaciones se comprenden por transformaciones en el transcurso del tiempo de los modos de producción de los agentes en un campo<sup>4</sup>, las «clases edad» refieren a las divisiones que se producen, en un momento particular, al interior de un grupo en función de las edades definidas socialmente. Quiénes son los «jóvenes», los «adultos», etc., se organiza de acuerdo a formas normalizadas de actuar, de poseer ciertos derechos o privilegios, y están delimitadas por una serie de momentos de transición<sup>5</sup>.

En este sendero de calibrar la teoría de las generaciones de Mannheim desde Bourdieu, también se ubican los aportes de Gerard Mauger (2013). Su objetivo es comprender cómo se forman las generaciones y, para ello, avanza en la respuesta a un interrogante: ¿cómo se define la extensión de una generación? Su propuesta, como la de Martín Criado, es la de identificar a las generaciones dentro de universos sociales (clases o fracciones de clases) o de campos específicos (por ejemplo el cientí-

---

<sup>4</sup> Esta operación de análisis que realiza el/la investigador/a no soslaya que hay otra forma posible en que se nombra una generación, otro recorte, realizado por los propios actores cuando expresan frases como «somos la generación que...» y se atribuyen ciertas características que los distinguen de otras pasadas o presentes. En este sentido, son los propios grupos los que, en luchas políticas y simbólicas por el reconocimiento, el trazado de fronteras, la ocupación de posiciones, se nombran con un distintivo generacional. En el trabajo empírico es relevante considerar estas dos maneras de «recortar» a las generaciones, las que hace el/la analista y la que pueden realizar los grupos en sus luchas, en tanto son dos planos de comprensión que no se solapan, aun cuando puedan tener puntos de contacto.

<sup>5</sup> Por ejemplo, Mario Margulis (2009) ha mostrado cómo, en el momento de surgimiento del actor social «joven» en la segunda posguerra en Europa y Estados Unidos, la juventud queda asociada a lo que llama una «moratoria social». Esto es, un tiempo que la sociedad «presta» legítimamente a los/as jóvenes para que puedan definir cuestiones relativas a sus futuros, principalmente académicos y ocupacionales. De este modo, esa clasificación de la juventud reviste un carácter homogeneizante y clasista, es decir, queda simbólicamente articulada a un modo específico de transitar el «ser joven» que no atiende a las desigualdades estructurales que conllevan otras formas en que personas, que comparten la misma edad, construyen sus juventudes y las experiencias a ella asociadas. Como sostiene Martín Criado: «Bajo la identidad del nombre juventud se agrupan sujetos y situaciones que solo tienen en común la edad» (1998, p. 15). En ese mismo trabajo de Martín Criado puede encontrarse un adecuado repaso por las sociologías de la juventud.



fico, el artístico, el político, etc.). Es decir, abordar el problema de las generaciones en esos espacios con reglas de juego y lógicas de reproducción propias.

Para Mauger, la sociogénesis de las generaciones se puede derivar de dos situaciones. Por un lado, de cambios en los modos de reproducción de los campos, que ocasionan transformaciones de las posiciones institucionalizadas de los actores. Esto altera las formas de adaptación y permanencia para los nuevos pretendientes a ocupar esas posiciones, es decir, las maneras institucionalizadas de acceder a ellas. Si los cambios tienen la suficiente amplitud como para generar disposiciones compartidas en un conjunto de nuevos ingresantes, entonces podría darse de hecho el surgimiento de nuevas generaciones. Tendencialmente, esto podría ocasionar conflictos generacionales entre «pretendientes» y «detentores» de las posiciones privilegiadas en el campo.

La segunda herramienta para la comprensión de la formación de generaciones, Mauger la organiza en torno a «acontecimientos fundadores», es decir, a experiencias que ejercen efectos duraderos sobre quienes las experimentan. El hecho de que puedan tener efectos generacionales se explica a partir de las edades en que los individuos las vivencian: en ese punto, y en acuerdo con Mannheim, habría mayor disponibilidad disposicional en las juventudes para que esos acontecimientos (a los que el autor húngaro se había referido como «sucesos colectivos decisivos») ejerzan efectos duraderos. Cómo comprenderlos, sostiene Mauger, es un asunto que se resuelve empíricamente a partir de la identificación de «marcadores biográficos» y de la definición de «indicadores de disposiciones» (2013, p. 143). Hay situaciones históricas, como revoluciones, guerras o crisis políticas que podrían actuar como acontecimientos fundadores con efectos disposicionales duraderos. Y aquí de nuevo los diálogos con Mannheim, porque esas situaciones, operando como conexiones generacionales, pueden dar lugar a la existencia de distintas unidades generacionales, inclusive opuestas. Para explicarlo, el autor toma una referencia de Marc Bloch: «Apasionarse por un mismo debate, aunque sea en sentidos opuestos, es todavía parecerse» (citado en Mauger, 2013, p. 143).

De este modo, Mauger contribuye a la teoría de Mannheim en la pregunta en torno a cómo pueden originarse las unidades generacionales. Al inscribir el análisis generacional al interior de universos específicos dentro del espacio social, logra acercarse a un problema central que es el de cómo establecer límites a la extensión de una generación. Es una alternativa que, aun cuando dependa de la especificidad de los casos empíricos, permite un abordaje más preciso, delimitado y que evita el riesgo de generalizaciones sobre el alcance del concepto. Pero además de este recorte «espacial», de allí también puede derivarse el recorte «temporal», puesto que tanto los cambios en los «modos de reproducción» como los «acontecimientos fundadores» habilitan a inscribir el lazo generacional en coordenadas sociohistóricas

concretas al interior de esos espacios. En definitiva, como expresamos, los «acontecimientos fundadores» no pueden ser abordados en el conjunto del espacio social porque sus efectos impactarán desigualmente en los distintos campos o grupos que se consideren empíricamente.

En conjunto, en acuerdo con Leccardi y Feixa (2011), creemos que el supuesto en juego cuando se abordan las generaciones desde una perspectiva sociológica es la «duración en común» de algo. Y que ese impreciso «algo» (experiencias colectivas, vivencias comunes, acontecimientos fundadores) puede dar lugar a «conexiones generacionales», a lazos que definan la pertenencia a «unidades» y expresen la articulación entre los tiempos de las biografías individuales y los tiempos sociales e históricos de una época. Por todo ello, nos acercamos a una perspectiva que calibra el problema de las generaciones en términos cualitativos, de formación y objetivación de experiencias compartidas. Hay «posiciones generacionales» que analíticamente pueden ser descritas, pero el vínculo solo procede de la elaboración colectiva de problemáticas, demandas, luchas y/o malestares que subjetiva a un conjunto de actores. Así, la duración de una generación no puede estandarizarse, es plural y concluye cuando la configuración de creencias y experiencias compartidas comienza a vaciarse de sentido (Leccardi & Feixa, 2011).

## **2. LA «DURACIÓN EN COMÚN»: LA TEMPORALIDAD EN ESPACIOS SOCIALES**

Hasta aquí recuperamos el modo en cómo, desde la teoría sociológica, se ha abordado el problema de las generaciones. Con Mannheim, advertimos la distinción analítica entre posiciones, conexiones y unidades generacionales. Con Martín Criado y Mauger, la identificación de los problemas de la extensión espacial y temporal de las generaciones y la cuestión de su sociogénesis. Con Leccardi y Feixa, acordamos en que las generaciones son definidas a partir de un implícito: que algo «dura en común». De acuerdo al recorrido que realizamos, «eso» que dura en común tiene condiciones de posibilidad en las posiciones generacionales de los individuos, pero estas indican potencialidades y eventualmente tendencias solo cuando se convierten en conexiones. En palabras de Marcelo Urresti (2002, p. 94), las generaciones «se trata(n) de ‘comunidades temporales’ que expresan afinidades espirituales a través de sus producciones y prácticas [...] dichas comunidades no siempre son homogéneas ni vinculan a todos sus miembros con la misma fuerza».

La delimitación de las generaciones tiene como uno de sus ejes, por lo tanto, el problema de cómo se conciben esas temporalidades. Puestos en términos de pares, podrían consignarse tensiones entre perspectivas naturalistas e historicistas, objetivistas y subjetivistas, cuantitativas y cualitativas. En línea con los autores hasta aquí citados, más otros que, como Aboim y Vasconcelos (2014) y Corsten (1999),

han reflexionado sobre las temporalidades de las generaciones, sostenemos que es posible superar la dualidad que las tensiones previas expresan entre un tiempo externo con explicaciones exógenas (fechas que definen cohortes) y un tiempo interno con explicaciones endógenas (de pura autoconciencia). Para comprender la «duración en común» de las generaciones, son necesarias dos precisiones. Primero, que lo temporal no se explica a partir de métricas cuantitativas, de un tiempo que es meramente exterior, sino que refiere al orden del sentido, de los tiempos tal como son experimentados como vivencia compartida. Segundo, que de todos modos esa experiencia temporal puede ajustarse a los ritmos de los espacios sociales específicos que se analicen, y ello no depende solo de las voluntades individuales o colectivas. Hay, por lo tanto, un vínculo a explorar entre las condiciones de producción de la temporalidad desde las tendencias del espacio social que se busca comprender y la experiencia construida por los actores.

Por ello, proponemos la comprensión de las generaciones en espacios sociales como forma de hacer operativo el concepto, es decir, que es en esos espacios donde se temporaliza la pertenencia generacional para los actores involucrados. Esto, que no necesariamente ocurre, se produce cuando la experiencia de la vivencia en común se expresa como marca o indicador generacional:

Las especificidades generacionales responden, en primer lugar, a las distintas temporalidades que configuran el espacio de una generación. La referencia más importante que forma una generación está ligada a esta conciencia del tiempo vivido, que no es un tiempo neutro sino saturado de experiencias [...] un tiempo que se vuelve entonces aprendizaje histórico y social (Tizziani, 2008, p. 23).

La temporalidad, en el marco de la cita, se enfoca como articulación de experiencias que se construyen poniendo en relación eventos, acontecimientos. Pero analizar estos acontecimientos colectivos, articulados temporalmente y experimentados como relevantes en la conformación de grupalidades, es factible de realizarse en relación con espacios sociales concretos. Y esto es lo que habilita a recurrir, por lo tanto, a otros conceptos de la teoría sociológica donde indagar cómo se produce.

Aquí nos detendremos en dos conceptos, sin pretensión de exclusividad pero entendiendo que funcionan correctamente como ejemplos: los «campos», tomados de Pierre Bourdieu, y las «tradiciones», del marxismo cultural de Raymond Williams. Si bien no es el objetivo realizar una consideración minuciosa de los supuestos que implican, sí interesa explorar cómo en ellos la «duración en común» de las generaciones puede encontrar vías de concretización. A continuación, luego de desagregar las dimensiones nodales de cada uno, mostramos dos formas puntuales de abordarlos en el marco de las generaciones: el campo político y las narrativas en las tradiciones.

## 2.1. Campos

La definición de campos elaborada por Bourdieu posee algunas características que, si bien anclan su especificidad de acuerdo al caso estudiado, son posibles de encontrar en todos los analizados por el autor. Siguiendo a Alicia Gutiérrez (2006) y Enrique Martín Criado (2008) en la siguiente síntesis, los campos son sistemas de posiciones y de relaciones entre posiciones, es decir, tienen una lógica relacional; se definen por el tipo de capital que está en juego y los intereses en el mismo; su estructura es un estado de la distribución, en un momento histórico particular, del capital específico en juego; esa estructura es resultado de relaciones de fuerza entre agentes y/o instituciones involucradas; cada campo supone luchas tendientes a conservar o transformar ese estado de fuerzas (es decir, la distribución del capital) y la definición misma del juego; los agentes comprometidos en las luchas, aun los antagónicos, tienen en común intereses fundamentales ligados a la existencia misma del campo. Luchas, acumulación de capital, estado de las relaciones de fuerza, en conjunto, los campos son dinámicos y sus estados remiten a una dimensión histórica.

Considerar estas características de los campos es útil para, como indicaba Mauger, comprender el «modo de generación» de las generaciones y avanzar en la resolución de ambigüedades que consignamos al comienzo: la de la extensión social y la de los factores determinantes o los acontecimientos. Respecto a la extensión social, porque es en los campos donde podemos observar los procesos de constitución de disposiciones, con su perdurabilidad y modificación, de acuerdo a la posesión de los capitales acumulados por los actores y la posibilidad de que surgieran conflictos entre grupos a raíz de sus mecanismos de reproducción. En el centro de esas indagaciones está, además, el problema de los «factores determinantes», en tanto se reduce la arbitrariedad de su selección, puesto que serían aquellos que sirvan para comprender las dinámicas específicas de esos campos (Costa Delgado, 2021) y que indiquen los mecanismos por los cuales los actores incorporan sus lógicas. De este modo, es en el devenir de los campos donde pueden ser dilucidadas las variaciones en las propiedades de sus «factores determinantes». Allí es plausible identificar cambios en las posiciones que puedan traer o no trastocamientos en sus lógicas. Esto explica por qué, de acuerdo a Bourdieu (1999), la experiencia de la temporalidad se construye desde la adecuación entre expectativas subjetivas y posibilidades objetivas de los campos que hacen presente el futuro:

La experiencia del tiempo se engendra en la relación entre el *habitus* y el mundo social, entre unas disposiciones a ser y hacer y las regularidades de un cosmos social o natural (o de un campo). Se instaura, más precisamente, en la relación entre las expectativas o las esperanzas prácticas que son constitutivas de una *illusio* como inversión en un juego social, y las tendencias immanentes a ese juego, las probabilidades de realización que ofrecen a esas expectativas (p. 277).

Al retomar el trinomio de posiciones, conexiones y unidades generacionales señalados por Mannheim, su recorte y colación al interior de la lógica de los campos es una forma posible de reducir las ambigüedades. Las posiciones, como posibilidades tendenciales de formación de conexiones generacionales, pueden estudiarse en distintos campos del espacio social. De este modo, la formación de unidades o, más concretamente, de grupos, en torno a luchas por posiciones, por mecanismos de reproducción o por acontecimientos que marcan un antes y un después, encontrarían una inteligibilidad posible. Así, los conflictos generacionales podrían expresar *habitus* producidos por modos de generación distintos, es decir, por formas desiguales de percibir y clasificar entre grupos sociales. De allí que es plausible:

Conocer las luchas específicas de envejecimiento de cada campo, es decir, determinar en cada espacio social de relaciones, las dinámicas de dominación/subordinación que se establecen entre las diferentes posiciones, las bases en que se asientan estas dinámicas, la distribución de capitales, los intereses de poder por los cuales se lucha, los ritmos de la sucesión en el acceso a estos poderes y, finalmente, las divisiones entre personas jóvenes y personas viejas que surgen en esta lucha (Brunet & Pizzi, 2013, p. 54).

Ahora bien, si el propio Mannheim había puesto a prueba sus distinciones conceptuales en el «ámbito de las ideas políticas» (1993, p. 234), al considerarlo un espacio propicio para identificar cómo de una conexión generacional se producen distintas unidades en pugna, ¿de qué forma podemos comprender las generaciones en lo específico del campo político? Algunas dimensiones surgen de la pregunta y habilitan un primer esbozo de respuesta: cómo se construyen las posiciones en el campo político y qué competencias son las requeridas para ocuparlas; en consecuencia, qué tipo de capital es el capital político y cómo se acumula.

Respecto a la primera cuestión, todo campo es un microcosmos del mundo social que, aún ligado a otros campos, supone una autonomía relativa. Esa autonomía no es un *a priori* invariable, sino que se inscribe en un proceso histórico de autonomización de acuerdo a la aparición y reproducción de especialistas que se distinguen de profanos. Esto implica, para quienes en pretendan ser parte de él, la adaptación a sus lógicas:

Alguien que ingresa en el mundo de la política, como alguien que ingresa a una religión, debe sufrir una transformación, una conversión, y aún si no tiene conciencia de ello, esta le es tácitamente impuesta, siendo la sanción, en caso de transgresión, el fracaso o la exclusión (Bourdieu, 2000a, p. 10).

Las prácticas de los actores se orientan en función de sus posiciones en el campo y suponen la creencia en una competencia: «El campo político es, por lo tanto, el lugar de una competencia [...] por el monopolio del derecho a hablar y de actuar

a nombre de una parte de los profanos» (Bourdieu, 2000b, p. 88). Construir legitimidad sobre los principios de visión del mundo es lo que está en juego y, en ese marco, el valor de las ideas se mide por «la fuerza de movilización que encierran» (Bourdieu, 2000b).

Por lo tanto, ¿qué tipo de capital es el capital político? Para Bourdieu, es ante todo una forma de capital simbólico, reputacional: refiere al hecho de que unos actores sean reconocidos como agentes legítimos de enunciación de problemas y resoluciones. Por ello, está fundado sobre la creencia y el reconocimiento. El capital político puede expresarse en dos especies, distinguidas analíticamente pero imbricadas en la práctica. O se detenta a título personal, es decir, por el reconocimiento a la persona, o por delegación de alguna organización (partidos, sindicatos, movimientos sociales) que ha acumulado capital en su historia de luchas. Estas instituciones invisten de autoridad a los agentes que actúan en representación suya.

El efecto se completa por lo que Bourdieu denomina la alquimia de la representación: el/la o los/as portadores/as de la palabra legítima, dotados/as del poder de hablar en nombre de un grupo contribuyen, a su vez, a consolidarlo. En otras palabras: la delegación que supone el acto de representación coadyuva a configurar como colectivo a quienes lo reconocen. Así, las relaciones de poder en el campo provienen del juego de delegación y representación, intrínseco a las posiciones de los agentes. En este sentido, los distintos procesos consensuales o agonales que se dan en el campo político, que incluyen los movimientos de posiciones, el surgimiento de nuevos aspirantes a la representación y la emergencia de grupos que pugnan por la palabra legítima, son propicios para abordar relaciones generacionales. Es decir, lazos configurados por el reconocimiento entre actores, que comparten lo que Mannheim llamaba las «comunidades de destino», en torno a «ideas-fuerza» en pugna. Al mismo tiempo, la delimitación de los acontecimientos que podrían tener efectos de generación se calibra mejor atendiendo al tipo de juego y capital específico en disputa y a la propia historicidad del campo, esto es, a sus relaciones de fuerza.

En conjunto, la teoría de los campos provee una comprensión más acotada de la conexión generacional porque la encuadra en espacios relacionales, de posiciones, interacciones y luchas. De modo que aquello sobre lo cual se organiza potencialmente el vínculo es asequible en las propias dinámicas de los campos, con sus historias particulares. Y esto permite un recorte ajustado para evaluar las condiciones del reconocimiento, es decir, de la emergencia de unidades generacionales y de grupos concretos. Porque la conformación de las formas de organización y expresión de demandas de los grupos tendrá como marco a la historia de los campos en los que surgen. Esto, a su vez, implica algún tipo de vínculo intergeneracional con otros grupos, sea por herencia, transmisión, legado o ruptura:

En la mayoría de los campos hay luchas generacionales (en realidad se trata de momentos diferentes dentro de una trayectoria de acumulación de capital: las carreras se comprenden mucho mejor si se tiene en mente este modelo de acumulación tendiente a confortar o transformar la relación de fuerza). De este modo un campo es un campo de fuerzas y un campo de luchas para transformar esas relaciones de fuerzas (Bourdieu, 2000c, p. 37).

## 2.2. Tradiciones

El segundo concepto al que quisiéramos remitir en esta operativización de las generaciones es el de «tradiciones», desarrollado por Raymond Williams (1994; 2009). A nuestro entender, el concepto está construido en base a cuatro características principales: la selección, la incorporación, la conexión temporal y la reconfiguración.

Williams advierte que toda tradición es necesariamente selectiva, es decir, se vale de «pasados configurativos y presentes preconfigurados» (2009, p. 153) que producen los mecanismos de identificación por los cuales los actores construyen esquemas de visión y percepción compartidos. Esa es precisamente la lógica de la incorporación, que permite al autor referirse al «presente preconfigurado»: en el recorte que se realiza sobre el pasado, ciertos significados son «seleccionados y acentuados» y otros «rechazados y excluidos». Las tradiciones, sin embargo, construyen la interpretación de esos recortes como los criterios de inteligibilidad del mundo social porque conectan versiones del pasado con el presente y sugieren direcciones para el futuro. Por eso, las tradiciones ofrecen «un sentido de predisposición continuidad» (2009, p. 154), es decir, una característica de conexión temporal. Las tradiciones, además, no se suturan por completo, están abiertas a su reconfiguración, a luchas que remiten tanto a sus propias selecciones y lecturas del pasado como a las actualizaciones que inevitablemente deben producirse cada vez que, en distintos momentos históricos, las tradiciones incorporan nuevos actores: «Se puede demostrar mediante el análisis que cualquier tradición constituye una selección y reelección de aquellos elementos significativos del pasado, recibidos y recuperados, que representan no una continuidad necesaria, sino deseada» (Williams, 1994, p. 174). Por estas características, entendemos que las tradiciones son proclives a ser analizadas en clave generacional: porque limitan analíticamente su extensión social y porque también marcan cuáles son o podrían ser los acontecimientos o factores determinantes de consenso y conflicto en términos diacrónicos. En otras palabras, como la reconstrucción del pasado se realiza siempre desde el presente y en función de los intereses de ese presente, cada nueva incorporación de actores a las tradiciones está abierta no solo a asumir los pasados significativos, sino a resignificarlos, a realizar otros recortes, a establecer relaciones con otras generaciones dentro de la misma tradición.

Así, en distintos momentos históricos, la posición generacional puede dar lugar a conexiones y formaciones de vínculos al interior de tradiciones, a la emergencia de unidades generacionales y de grupos que se reconocen en la pugna por nuevas construcciones de sentido sobre su propia tradición. Porque entre las luchas por lo que se conserva y lo que se reconfigura estarán aquellos pasados significativos que permitan la continuidad de la tradición en un presente específico. Esto incluye, por supuesto, las formas en que una tradición dialoga con otras en la disputa por construir narraciones sobre su tiempo histórico. Es lo que previamente mostramos que realizaba Mannheim cuando se refería a las relaciones en «tensión dinámica» entre distintas unidades generacionales que, aun dentro de una misma conexión, representaban distintas maneras de narrar su presente. De modo que la configuración de una tradición responde tanto a sus propias identificaciones históricas como a la forma en que estas se ajustan a la interacción con aquellas otras tradiciones con las que entra en relación. Además, la formación de vínculos, las continuidades, las transmisiones y/o los quiebres generacionales se comprenden en base a aquellos factores determinantes que organizan a las distintas tradiciones. El tiempo que se comparte, que imbrica el histórico y el biográfico, puede dilucidarse a partir de esas conexiones de reconocimiento generacional: cómo se convierte en experiencia común, cómo se construye sentido en torno suyo. Esto involucra una articulación narrativa sobre los comienzos, los acontecimientos y eventualmente los cierres de grupalidades generacionales.

Por eso, circunscrito el análisis generacional en las tradiciones, creemos que una forma de abordar el problema es comprender cómo los actores construyen su pertenencia a una generación y cómo esa construcción asume un espesor colectivo en narrativas de reconocimiento. Como una de las modalidades del discurso, la particularidad de las narrativas radica precisamente en la disposición de hechos en una trama temporal, es decir, articulando acontecimientos (Archuf, 2007). La construcción narrativa en las tradiciones se reactualiza, es inacabada y supone la autocomprensión de los individuos en la esfera de las acciones, de los motivos, los proyectos, los fines que se trazan. Es decir, de su inserción práctica en el mundo, a partir de la cual se construye la «identificación narrativa» (Ricoeur, 2008).

Las narraciones presentan una estructura (Cristiano, 2017) con elementos que resultan útiles para ser abordadas al interior de las tradiciones. En primer lugar, hay acontecimientos que son relevantes porque cumplen funciones específicas en la trama. Luego, esos acontecimientos se organizan en encadenamientos o, de otro modo, en ciclos narrativos. En ellos, tercero, hay actores cuyas acciones también cumplen un valor funcional en la trama. Adicionalmente, encontramos distintas situaciones narrativas, que remiten a las posiciones del narrador respecto a lo narrado. Por último, en la articulación narrativa prima el carácter de verosimilitud



de los hechos: «Cuando escuchamos un relato y lo aceptamos, lo hacemos no porque sea cierto de manera indudable, sino porque el encadenamiento de acciones y hechos que presenta nos parece verosímil dentro del mundo tal como lo representa» (Cristiano, 2017, p. 93). Lo «verosímil» se apoya entonces en esa precomprensión práctica del mundo dada por el bagaje de historias de una tradición. Los sentidos de las narraciones proceden de ejercicios que, sean de reconstrucción, interpretación o proyección, imbrican lo individual en lo colectivo y configuran identificaciones que suturan parcialmente las formas de autorrepresentación en determinadas condiciones históricas.

La temporalización que se realiza en las narrativas alude entonces a relaciones entre acontecimientos y procesos. Esas relaciones cumplen distintas funciones que, en nuestro caso, remiten a la posibilidad de un conjunto de actores de inscribirse con verosimilitud en la trama narrativa de acontecimientos y representaciones que caracterizan a una tradición. En esa configuración se elabora la pertenencia generacional. Resta reiterar que las narrativas objetivan las experiencias compartidas, pero nunca se fijan por completo, están en reelaboración de acuerdo a las circunstancias históricas. Así, según Marcelo Urresti:

Esos relatos reflejan una pertenencia específica a una clase y a un género, pero además a una generación en la medida en que revelan el modo en que una época se corporiza en los sujetos. Es ahí donde las narrativas de la identidad recogen y movilizan a su modo la experiencia histórica común en los múltiples puntos de inserción localizada que se incorporan en los sujetos (2008, p. 2).

Este énfasis en el carácter narrativo de las generaciones ha sido propuesto por autores como Aboim y Vasconcelos (2014) o Corsten (1999), para quienes las generaciones son mejor comprendidas como formaciones discursivas que como grupos específicos. Es decir, son discursos con los que los actores construyen su autoidentificación a partir de «etiquetas generacionales» y «condiciones de imaginabilidad» en la articulación de pasado, presente y futuro. Un aspecto relevante es el de la jerarquización: si bien toda formación narrativa supone tensiones, incluso contradicciones entre sus elementos, tienden sin embargo a enfatizar y explicitar ciertos rasgos por sobre otros, y son precisamente aquellos los que constituyen sus identificaciones.

### **3. DIGRESIÓN EMPÍRICA SOBRE EL CONCEPTO DE GENERACIONES EN LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA DE JÓVENES EN ARGENTINA**

El concepto de generaciones es con frecuencia utilizado en estudios sobre juventudes. Una de las áreas significativas en esa dirección, aunque no la única, remite a la comprensión del compromiso político. En estos casos, si bien los sujetos de la participación son jóvenes, la categoría de generaciones ha permitido mostrar un

conjunto de vínculos epocales que explican, al menos en parte, distintos marcos de subjetivación política. Como muestra sucinta de este cruce, mostraremos algunas interpretaciones que han recurrido al concepto de generaciones para enmarcar la participación política de jóvenes en Argentina desde la recuperación democrática en 1983<sup>6</sup>. Pablo Vommaro (2015), por ejemplo, se ha referido a la formación de «configuraciones generacionales» a partir de la consideración de cuatro dimensiones en el proceso de politización: el modo en que se realiza la organización colectiva, en que se expresa la visibilización pública, en que se definen los adversarios y en que se construyen las demandas. Con esas dimensiones, da cuenta de periodos puntuales: el «encantamiento ciudadano» de principios de la década del ochenta; la irrupción de nuevas modalidades de participación en la década del noventa ante el auge del neoliberalismo y la crisis de representatividad de las formas tradicionales; los movimientos de carácter asambleario y autonomista desde mediados de los noventa con una visibilidad notable en la crisis de 2001; y la configuración de un intento de «peronismo del siglo XXI» con las juventudes oficialistas durante los años del «kirchnerismo». En conjunto, el autor muestra cómo las condiciones históricas configuraron modalidades en las que se manifiesta, generacionalmente, la participación política de jóvenes. Un ejercicio similar realizó Miriam Kriger (2016), quien señaló tres «unidades generacionales» desde la recuperación democrática: la de los «hijos de la democracia», los «hijos del argentinazo de 2001» y la de los «hijos del bicentenario». Los propios nombres indican aquí la referencia a acontecimientos históricos nacionales como indicadores de una pertenencia generacional, que se expresan en las formas del compromiso y la organización.

Estudios como estos recurrieron al concepto de generaciones y definieron dimensiones de análisis, pero no así a las categorías de campo o tradiciones. Si indagamos en esta dirección, también encontraremos literatura pertinente. Francisco Longa (2017), por ejemplo, sostuvo la utilidad del concepto de generaciones políticas cuando se analizan los movimientos sociales, es decir, para comprender a las generaciones como «grupos que comparten la existencia social en términos de un colectivo de identidad, en un periodo temporal delimitado» (p. 219). En otro estudio (2016), el autor introduce el concepto de «*ethos* militante» como subcategoría de las generaciones políticas. Esto le permite construir cuatro variables para dar cuenta de cambios generacionales entre las militancias de la década del setenta y las de la década del noventa y comienzos de los dos mil: las orientaciones estratégicas, las tomas de decisiones, el perfil táctico y el capital militante.

---

<sup>6</sup> Para ampliar estas referencias puede consultarse un trabajo previo (Montali, 2023), en el que construimos un estado de la cuestión sobre la participación política juvenil en clave generacional desde la recuperación democrática.

Dimensiones que hacen plausible estudios comparativos de los «*ethos* militantes» en clave generacional.

Sandra Wolanski (2016) también ha estudiado en perspectiva generacional la construcción de «nuevos sindicalismos» en las primeras décadas del siglo XXI. Desde su enfoque, los espacios de trabajo y la organización gremial son factibles de abordarse como campos, con sus posiciones relacionales, sus disputas de poder y la construcción de sentidos en torno a aquellos/as que se definen como jóvenes en el espacio gremial, a partir de experiencias compartidas que habilitan luchas por la sucesión.

A su vez, es posible identificar estudios que interpretaron desde la perspectiva generacional a las militancias al interior de una tradición política: la nacional-popular o peronista. Annia Tizziani (2008), por ejemplo, analizó tres generaciones de militantes al interior de esa tradición: la de 1945- 1952, la de 1973 y la de la década de 1990. Las tres dimensiones que utilizó para marcar las experiencias generacionales fueron el «ingreso en la política», la construcción de cada generación con relación a sus «antecesores y sucesores» y las transformaciones en las representaciones del «pueblo». Algo similar realizaron Danilo Martuccelli & Maristella Svampa (1997), quienes identificaron tres «figuras del militante peronista»: la del «militante sindical histórico» del primer peronismo y de la resistencia desde mediados de la década del cuarenta y cincuenta; la del «militante revolucionario» de los sesenta y setenta; y la del «militante pragmático» de la década del noventa. El foco de esa definición estuvo puesto en la construcción de la identidad peronista en las narrativas de los/as militantes. En la línea de estos estudios, en un trabajo anterior sobre las juventudes militantes oficialistas en Argentina durante el periodo de gobiernos «kirchneristas» entre 2003 y 2015 (Montali, 2024), hemos identificado una serie de «acontecimientos fundadores» que habilitaron principios identificatorios con el gobierno y que permiten preguntarse por la emergencia de una nueva generación dentro de la tradición política nacional-popular.

#### 4. REFLEXIONES FINALES

Propusimos a lo largo del trabajo dilucidar si el uso del concepto de generaciones conserva aún eficacia analítica, a pesar de las ambigüedades señaladas. El recorrido realizado apuntó a, primero, mostrar cómo las generaciones fueron comprendidas en la teoría sociológica y, luego, a proponer que su utilización podía revestir potencial explicativo si se acoplaban al análisis de espacios sociales. Allí podrían superarse los dualismos en las dimensiones temporales de las generaciones, entre tiempos externos e internos, objetivos y subjetivos. Integrar ambas dimensiones a partir de los conceptos articuladores estuvo por ello en el eje del recorrido.

Para concluir, nos interesa volver sobre los puntos ambiguos que habíamos señalado en la introducción y mostrar cómo la aplicación del concepto dentro de los espacios sociales indicados renueva su potencialidad. En primer lugar, abordar la «duración en común» de las generaciones sea en los campos o las tradiciones permite sortear el problema, ya señalado por Mannheim, de agrupamiento según tablas cronológicas. Es decir, el problema de la coetaneidad. Recuperar la noción de vínculos generacionales es desplazarse a una dimensión cualitativa, la de la contemporaneidad. Esto es, que determinados hechos u acontecimientos produzcan efectos de reconocimiento entre actores. Sin embargo, allí surgían la segunda y tercera ambigüedad: ¿cómo imputar la relevancia de esos hechos a determinados grupos y no a otros? y, en consecuencia, ¿de qué forma sortear el problema de la «selección arbitraria»?

Aquí es donde la lógica de los espacios sociales permite calibrar mejor el asunto. En los campos, porque se presentan como sistemas de relaciones posicionales en función de la distribución de capitales. Con el ejemplo del campo político, mostramos que los procesos de reproducción o lucha entre posiciones remiten a las normas de funcionamiento del campo, sea para reproducirlas o bien trastocarlas. Así, según analizó Bourdieu, los momentos de lucha entre «detentores» o «pretendientes» se explican en ese marco y, esto es lo que resulta central, los acontecimientos relevantes para que esos conflictos se expresen se explican por la propia historia del campo, por lo que en él está en juego. En ese punto, analíticamente, hay una reducción en el riesgo de arbitrariedad sobre qué hechos son los relevantes para la sucesión, la herencia o el conflicto intergeneracional en los campos.

Respecto a las tradiciones, que en términos teóricos no remiten a espacios necesariamente ordenados como en la lógica posicional de los campos, encontramos sin embargo la posibilidad de realizar un ejercicio similar. Como recuperaciones selectivas del pasado y preconfiguración interpretativa del presente, la incorporación de nuevos actores a una tradición sugiere su pertenencia en las identificaciones que esas selecciones construyen. Por supuesto, estos son procesos abiertos a discusión, a tensiones por su resignificación histórica, pero ser parte de una tradición, por ejemplo política, sugiere la reproducción por parte de sus miembros de algunas de las tramas de acontecimientos sedimentados. Por ello nos apoyamos en la idea de las narrativas en las tradiciones: la configuración de la trama narrativa sobre los pasados significativos, las lecturas del presente y la expectativa por los futuros construyen inteligibilidad, para quienes son parte de ellas, sobre el mundo social. Y así, nuevamente, la arbitrariedad en la selección de acontecimientos se reduce en tanto lo que es relevante para una tradición no necesariamente lo será para otra. De modo que, en el análisis empírico, es factible reconocer y recortar esos hechos significativos colectivamente compartidos.

Con estas precisiones resulta evidente que la cuarta ambigüedad, la referida a su escala de aplicación o extensión social, encuentra una respuesta posible: montar sobre el conjunto del espacio social un análisis generacional resulta problemático. Si bien actualmente algunos autores han retomado el concepto en el marco de las transformaciones tecnológicas internacionales y sus impactos cognitivos (Beck, 2008; Berardi, 2007), recurriendo a nociones como las de «generaciones globales» (Edmunds & Turner, 2005), creemos que todavía resulta lábil su aplicación en términos sociológicos para abordar transformaciones generales sobre la experiencia del mundo social. Y recordemos que, según nuestra perspectiva, las generaciones incluyen necesariamente esa dimensión experiencial. En cualquier caso, lo que resulta aún problemático es no explicar los efectos diferenciales de esas transformaciones tecnológicas según segmentos de la población.

El último desafío es el de su intersección con otras dimensiones de agrupamiento, como las clases, los géneros o las etnias. Este es un punto que no hemos atendido abiertamente, en tanto nos posicionamos un paso atrás: antes de esas articulaciones preferimos precisar en qué sentido podemos comprender a las generaciones. Aún así, la ubicación espacial que propusimos también puede arrojar luz sobre esas intersecciones: de acuerdo a las lógicas históricas de los campos y las tradiciones, es factible comprender qué relevancia tuvieron esas dimensiones en la definición de posiciones y, por lo tanto, de relaciones desiguales. Sin embargo, avanzar en la compleja comprensión de esas articulaciones desde estudios empíricos es una tarea que queda pendiente para futuros trabajos.

De todo lo expresado se desprende, finalmente, que las generaciones no emergen homogéneamente, una sucediendo a otra sin alteraciones cronológicas, y esto implica para los analistas sociales la necesidad de recurrir a una serie de herramientas teóricas que permitan comprenderlas. El artículo que aquí concluye se propuso contribuir con esa tarea a partir de dos posibilidades puntuales, ni únicas ni excluyentes. De poner a prueba empíricamente esas conexiones, algo que distintos autores ya han realizado, resultarán las necesidades de nuevos ajustes.

## REFERENCIAS

- Aboim, S., & Vasconcelos, P. (2014). From Political to Social Generations: A Critical Reappraisal of Mannheim's Classical Approach. *European Journal of Social Theory*, 17(2), 165-183. <https://doi.org/10.1177/1368431013509681>
- Archuf, L. (2007). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Siglo XXI.
- Beck, U. (2008). Generaciones globales en la sociedad del riesgo mundial. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 82, 19-34. <https://www.cidob.org/publicaciones/generaciones-globales-en-la-sociedad-del-riesgo-mundial>

- Berardi, B. (2007). *Generación post-alfa: patologías e imaginarios en el semicapitalismo*. Tinta Limón.
- Bourdieu, P. (1999). El ser social, el tiempo y el sentido de la existencia. En P. Bourdieu, *Meditaciones pascalianas* (pp. 277-324). Anagrama.
- Bourdieu, P. (2000a). El campo político. En P. Bourdieu, *El campo político* (pp. 9-31). Plural.
- Bourdieu, P. (2000b). La representación política. En P. Bourdieu, *El campo político* (pp. 63-104). Plural.
- Bourdieu, P. (2000c). Precisiones sobre el campo político. En P. Bourdieu, *El campo político* (pp. 32-42). Plural.
- Bourdieu, P. (2007). *Él sentido práctico*. Siglo XXI Editores.
- Brunet, I., & Pizzi, A. (2013). El enfoque nominalista de la juventud. Una alternativa crítica a la perspectiva funcionalista. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 11(1), 51-62. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=77325885024>
- Corsten, M. (1999). The Time of Generations. *Time and Society*, 8(2-3), 249-272. <https://doi.org/10.1177/0961463X99008002003>
- Costa Delgado, J. (2021). La dimensión generacional en la constitución del carácter individual: ¿es posible hablar de un *habitus* de generación? *Bajo Palabra. II Época*, 28, 135-154. <https://doi.org/10.15366/bp2021.28.006>
- Cristiano, J. (2017). *Imaginación y acción social: elementos de una teoría sociológica de la creatividad*. Ciccus.
- Edmunds, J., & Turner, B. (2005). Global Generations: Social Change in the Twentieth Century. *The British Journal of Sociology*, 56(4), 559-577. <https://doi.org/10.1111/j.1468-4446.2005.00083.x>
- Gramsci, A. (2004). La cuestión de los jóvenes. En A. Gramsci, *Antología* (pp. 274-275). Siglo XXI.
- Gutiérrez, A. (2006). Poder y representaciones: elementos para la constitución del campo político en la teoría de Bourdieu. *Revista Complutense de Educación*, 16(2), 373-385. <https://revistas.ucm.es/index.php/RCED/article/view/RCED0505220373A>
- Kruger, M. (2016). *La tercera invención de la juventud. Dinámicas de la politización juvenil en tiempos de la reconstrucción del Estado nación*. Grupo Editor Universitario.
- Leccardi, C., & Feixa, C. (2011). El concepto de generación en las teorías sobre la juventud. *Última Década*, 34, 11-34. <http://doi.org/10.4067/S0718-22362011000100002>
- Longa, F. (2016). Acerca del *ethos* militante. Aportes conceptuales y metodológicos para su estudio en movimientos sociales contemporáneos. *Argumentos*, 18, 45-74. <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/argumentos/article/view/2024>
- Longa, F. (2017). ¿Existen las generaciones políticas?: reflexiones en torno a una controversia conceptual. *Íconos*, 58, 205-224. <https://doi.org/10.17141/iconos.58.2017.2051>
- Mannheim, K. (1993 [1928]). El problema de las generaciones. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 62, 193-242. <https://reis.cis.es/index.php/reis/article/view/1980>
- Margulis, M. (2009). Juventud: presente y futuro. En M. Margulis, *Sociología de la cultura* (pp. 105-116). Biblos.

- Martuccelli, D., & Svampa, M. (1997). *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*. Losada.
- Marías, J. (1949). *El método histórico de las generaciones*. Revista de Occidente.
- Martín Criado, E. (1998). *Producir la juventud. Crítica de la sociología de la juventud*. Istmo.
- Martín Criado, E. (2008). El concepto de campo como herramienta metodológica. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 123, 11-34. <https://doi.org/10.5477/cis/reis.123.11>
- Martín Criado, E. (2009). Clases de edad/Generaciones. En R. Reyes (Dir.), *Diccionario crítico de Ciencias Sociales* (Vol. I) (pp. 345-350). Plaza y Valdés.
- Mauger, G. (2013). Modos de generación de las generaciones sociales. *Sociología Histórica*, (2), 111-130. <https://revistas.um.es/sh/article/view/188951>
- Montali, G. (2023). Juventudes y participación política en Argentina. Una lectura en clave generacional a cuarenta años de la recuperación democrática (1983-2023). *Estudios Políticos*, (68), 223-249. <https://doi.org/10.17533/udea.espo.n68a09>
- Montali, G. (2024). La construcción de la narrativa nacional-popular en juventudes militantes durante los años del kirchnerismo en Argentina. *Cuaderno Abierto. Cuaderno Venezolano de Sociología*, 33(1), 9-29. <https://doi.org/10.5281/zenodo.10663988>
- Ricoeur, P. (2008). *Hermenéutica y acción: de la hermenéutica del texto a la hermenéutica de la acción*. Prometeo Libros.
- Tizziani, A. (2008). *Generaciones políticas: una clave de interpretación del largo plazo. Algunas reflexiones a partir del caso del movimiento peronista*. Documento de Trabajo N°64. Centro Interdisciplinario para el Estudio de Políticas Públicas. <https://www.ciepp.org.ar/images/ciepp/docstrabajo/doc%2064.pdf>
- Urresti, M. (2002). Generaciones. En C. Altamirano (Dir.), *Términos críticos de sociología de la cultura* (pp. 93-95). Paidós.
- Urresti, M. (2008). Nuevos procesos culturales, subjetividades adolescentes emergentes y experiencia escolar. En E. Tenti Fanfani (Comp.), *Nuevos temas en la agenda de política educativa* (pp. 101-124). Siglo XXI.
- Vommaro, P. (2015). *Juventudes y política en Argentina y América Latina. Tendencias, conflictos y desafíos*. Grupo Editor Universitario.
- Williams, R. (1994). Reproducción. En R. Williams, *Sociología de la cultura* (pp. 169-192). Paidós.
- Williams, R. (2009). *Marxismo y literatura*. Las Cuarenta.
- Wollanski, S. (2016). *Las nuevas generaciones en el sindicalismo. Jóvenes, trabajo y organización gremial en Argentina*. Grupo Editor Universitario.